

## INTRODUCCIÓN

Los evangelios son unos textos algo paradójicos. En su sencillez, ya desde la primera lectura, se entienden y cautivan; pero, para entenderlos bien, suelen necesitar una explicación. Quizás sirva de ejemplo una anécdota personal. Desde pequeño, leía todo lo que caía en mis manos. Pero leía los libros que encontraba por casa, que tomaba prestados o que me habían regalado. El primer libro que compré, el que era solo mío, fue el Nuevo Testamento. La misma tarde que me lo dieron comencé a leerlo, desde el principio, saltándome, obviamente, la introducción. Al cabo de dos o tres horas acabé el Evangelio de San Mateo y ¡guau!, me quedé impresionado. Había oído hablar de Jesús en casa, en la catequesis, en la iglesia, pero leer el evangelio de seguido y tener todas las acciones y palabras de Jesucristo en la cabeza —al menos, eso me parecía— me producía una sensación de poder y de conocimiento, desconocida hasta el momento. Pasado un buen rato —tenía todavía tiempo a mi disposición— comencé con el Evangelio de Marcos. Muy pronto eché en falta algunas cosas que conocía de Mateo. Al cabo de unos cuantos capítulos, todavía perplejo, me fui al final para ver si allí había alguna novedad. No la había y entonces dejé de leer hasta que alguien me explicara qué sentido tenía aquello.

Debieron de explicármelo pronto, pero lo cierto es que no entendí del todo el Evangelio de Marcos hasta que tuve que estudiarlo y explicarlo. Con el paso del tiempo, he dedicado bastantes horas a la meditación, la explicación y la exposición del Evangelio de Marcos. Estoy seguro de entenderlo correctamente, aunque no estoy seguro de entender todo el potencial de significado que encierra el texto. Pero algo de lo que he entendido, me parece que vale la pena darlo a conocer. Decía Wittgenstein que le hubiera gustado ser maestro para poder explicar el Evangelio a los niños. En cierta manera, estas páginas obedecen a un anhelo parecido: explicar cómo el Evangelio de Marcos puede ser objeto de meditación para conocer mejor a Jesús.

Hace ya veinte años de la publicación del volumen del Nuevo Testamento en la edición comentada de la Sagrada Biblia, por parte de un grupo de profesores de la Universidad de Navarra. Este libro viene a ser una continuación de aquella obra. De hecho, mantiene gran parte del trabajo que hicimos en

aquel momento: la traducción de San Marcos, la distribución del contenido, los pasajes paralelos y algunas otras cosas más. Sin embargo, los comentarios de aquella edición atendían sobre todo al impacto del evangelio en la vida de la Iglesia. Los de ésta atienden más al impacto de Jesús en los testigos de sus obras y de sus palabras, tal como se reflejan en el texto del evangelio.

La palabra meditación merece también una explicación. En el proceso de la lectura orante de la Sagrada Escritura se suelen distinguir tres pasos: la lectura, la meditación y la contemplación. Son sucesivos, aunque se solapan y se implican unos con otros. La lectura siempre es el primer paso: permite conocer el objeto de la meditación. La meditación, en cambio, supone reposo, atención, un rumiar las palabras para extraer mayor fruto. Los comentarios van dirigidos a este lugar: ofrecen contextos donde las palabras o los gestos de Jesús cobran mayor significado o responden a preguntas que ha suscitado una primera lectura. En todo caso, no debe olvidarse que, desde el comentario, hay que volver una y otra vez a la lectura de las palabras del evangelio. Es la única manera de que, como decía Thomas S. Eliot en sus *Coros desde la Roca* —la Iglesia—, la información se transforme en conocimiento y el conocimiento en sabiduría. Quedarse en las palabras de los comentarios supondría, en términos de ese mismo poema, conocimiento de las palabras pero ignorancia de la Palabra. En este punto, en la meditación, se detiene el trabajo que presenta. Todos los pasos de la lectura orante son personales, pero el siguiente paso, la contemplación, es algo “exclusivamente” personal. Es cosa del lector o, para decirlo con mayor precisión, es cosa del orante.

La perspectiva elegida ha sido la de comentar el texto desde el punto de vista de los testigos presentes en el acontecimiento protagonizado por Jesús. Querría hacer notar que esta actitud no es algo ajeno al texto de Marcos, ni algo añadido por mi parte. El segundo evangelio está escrito desde la perspectiva del testigo: la tradición asegura que ese testigo era san Pedro, pero incluso los lugares donde no interviene san Pedro se proponen normalmente desde la perspectiva del testigo.

Antes del comentario, he incluido unas páginas donde desarrollo con más detenimiento tanto el sentido del comentario como su justificación y los modos posibles de completarlo. Proponen el horizonte y los límites del trabajo. En realidad, como he señalado al comienzo, el texto del evangelio se explica por sí mismo; un comentario lo completa, pero también este comentario podría hacerse interminable. He seleccionado los contenidos de los comentarios, teniendo presente que la lectura no llegue a perder de vista el texto del evangelio que se comenta o, al menos, que se pueda acceder a él solo con voltear alguna página. Al final he incluido un glosario de términos que pueden resultarle más extraños a un lector que no sea especialista en Sagrada Escritura.

La confección de este libro me ha supuesto bastante trabajo, aunque, por otra parte, ha sido gratificante. No habría podido hacerlo si Alejandro Sada, profesor de la Universidad Panamericana de México, no me hubiera prestado amablemente su biblioteca, y si su familia —Maricarmen, Sofi, Pau, María y Lu— no me hubiera acompañado con su simpatía y aprecio.

Pamplona, 12 de mayo de 2023  
Memoria del Beato Álvaro del Portillo